

**VETOS Y ALZAS:
SIGNOS DE
UNA POLITICA SOCIAL**

Dos hechos sucedieron en abril que definen categóricamente el carácter reaccionario, continuista y antipopular del gobierno demócratacristiano: la promulgación de la ley de reajuste de sueldos y salarios en 38,4% una vez aprobados por la coalición PDC-Derecha los vetos del Presidente Frei, y la violenta represión policial desatada contra estudiantes y obreros durante las manifestaciones callejeras de repudio al alza de las tarifas de la movilización colectiva, alza que, por supuesto, superó con creces el nivel tope del reajuste.

Los vetos liquidaron importantes beneficios que los parlamentarios de los partidos populares habían introducido al proyecto cuando éste se tramitaba en el Congreso. Materias tan decisivas para configurar una política social como la sindicalización de los empleados públicos y de los campesinos; la inamovilidad en sus cargos para empleados y obreros; la jornada de ocho horas para los trabajadores agrícolas; la jubilación de los obreros a los sesenta años de edad; la extensión de la asignación familiar desde el primer día del embarazo para las funcionarias del SNS y algunas reivindicaciones concretas que favorecían a los trabajadores de Correos, ETCE, Ferrocarriles del Estado, etc., fueron barridas de la ley, al discutirse los vetos, por la decisión de los parlamentarios demócratacristianos, liberales y conservadores.

Vergonzosa fue la conducta de los representantes del partido que monopoliza el poder público. En la primera fase de la discusión del proyecto, antes que el Presidente enviara los vetos —es decir, en la época de la campaña electoral— los diputados de la democracia cristiana votaron favorablemente los beneficios señalados. Después del 7 de marzo, doblada la cerviz en el ampliado de Cartagena (donde a los sesudos informes de los “cabezas de huevo” sucedían sesiones de “strip-tease”), los mismos parlamentarios negaron tres y más veces al pueblo trabajador apoyando dócilmente el contenido antiobrero de los vetos. Fue una exhibición lamentable de inmoralidad política y de duplicidad jesuítica. Para los trabajadores, una dura lección; diez veces más dura y amarga para aquellos que pusieron oídos al bombo de la “revolución en libertad” y sufragaron por los candidatos de la democracia cristiana.

El pueblo tiene que recoger, por sí mismo, su propia experiencia. Este mes de abril fue fecundo en este tipo de experiencias, sombrías como los vetos a la ley de reajuste.

Como en la época de los regímenes más represivos de nuestra historia política, el país constató de nuevo el sádico desenfreno de la violencia policial lanzada contra estudiantes de liceo, jóvenes y niñas, cuyo único delito fue el de protestar contra la odiosa alza de las tarifas de la movilización colectiva y exigir la entrega del carnet escolar. Fue un gobierno que se dice demócrata, y cristiano por añadidura, el que permitió ese ignominioso atropello a la dignidad y a los derechos humanos, a la facultad inalienable que tienen todos los chilenos de reunirse y expresar su opinión crítica respecto de los errores y abusos de la autoridad.

En los mismos días en que sucedían estos desmanes, el ex-señador Radomiro Tomić, flamante embajador ante la Casa Blanca, al hacer entrega de sus credenciales al Presidente Johnson, dijo ver, con la instauración del régimen demócratacristiano en Chile, "multiplicarse los signos del cumplimiento de la antigua promesa del Génesis de hacer al hombre "el señor de la tierra". En las calles principales de la ciudad donde reside, desde el 4 de noviembre último, el extraño y autoritario poder derivado del Génesis, "el señor de la tierra" fue mojado, pateado y apaleado sin piedad.

Los únicos responsables de la violencia que se enseñoreó, durante esos días, en las calles de Santiago y Concepción, fueron el gobierno del señor Frei y su partido, la democracia cristiana. Un caudaloso río de alzas, que no ha interrumpido su curso un solo día desde que el actual gobierno asumió el poder, ha terminado por desbordar la paciencia de las masas. Como siempre, los primeros que se alzaron virilmente para manifestar este repudio colectivo fueron los jóvenes estudiantes.

El Partido Socialista solidarizó, desde el primer momento, con la conducta de los estudiantes, de la CUT y el movimiento obrero organizado y de los consumidores. Sus dirigentes, parlamentarios y militantes estuvieron junto a quienes, con heroica abnegación, desafiaban en las calles el terror policial y desenmascaraban, ante los hechos esclarecedores, el rostro antipopular y represivo de la democracia cristiana.

Nada enseña mejor que los hechos, decía en su declaración pública el Comité Central socialista. Son, precisamente, estos hechos los que resuelven la experiencia de las masas.

El lema de la "Revolución en libertad" se transformó, en esos momentos, en la represión terrorista de la libertad. Quienes inventaron las consignas de "patria joven" y "promoción popular" supieron ordenar a las fuerzas policiales, con autoritaria complacencia, que atacaran a mansalva a muchachos y niñas y los vejaran groseramente en los furgones. Sin embargo, esos jóvenes encarnaban la protesta ardiente y justa de sus padres y de todo el pueblo consumidor abatido por la carestía y las alzas.

Un conspicuo representante de la "patria joven", nada menos que el presidente de la Federación de Estudiantes, sostuvo ante los periodistas, en esos días, la opinión peregrina de que las alzas producidas y las porvenir forman parte del proceso de la "revolución en libertad". Comprobación penosa de una servidumbre política y mental, semejante a aquella que hizo dar volteretas a los diputados demócratacristianos en la discusión de los vetos.

El caudal sempiterno de alzas, los vetos a la ley de reajuste, la despiadada represión policial y la creación de organismos gremiales oficialistas (el "frente de organizaciones sindicales libres" y el "comando nacional de trabajadores") son hechos concretos, irrefutables, que definen al Gobierno y su partido.

No faltan algunos idealistas empecinados, que a veces posan de revolucionarios, que sostienen la insensata tesis del gobierno "reformista-populista" para calificar al régimen del señor Frei. Craso error. Peligrosa equivocación. El actual gobierno demócratacristiano, reaccionario por la naturaleza de sus fines y sus medios, comprometido hasta el tuétano con los intereses de la burguesía nacional y del imperialismo, ni siquiera intentará cumplir las promesas más anodinas de su programa "reformista y populista".

Desde el primer día, al anunciar su oposición irreductible al gobierno del señor Frei, el Partido Socialista ha venido alertando al pueblo sobre el carácter antidemocrático del régimen imperante. Las empresas imperialistas, los monopolios y los grupos reaccionarios no caben en su pellejo de alegría. Bastante susto pasaron durante la última campaña presidencial, hartos de trabajo y mucho dinero les costó impedir la victoria del movimiento popular. Con todo, duro precio político pagaron en las elecciones del 7 de marzo. Conservadores y liberales, como bandera política, como partidos, han ido a reunirse con los trastos viejos en el desván de la historia. No obstante, conservadores y liberales, como expresión de poderío económico, como estructura de poder financiero y social, impregnan el contenido institucional del gobierno demócratacristiano, son el argamasa del régimen.

Los trabajadores van comprendiendo, poco a poco, por su propia experiencia, al escuchar el abrupto lenguaje de los hechos, cómo han sido vilmente engañados por la publicidad demagógica del partido gobernante.

Ni la mentira, ni el terror, ni las maniobras divisionistas, ni el poderío formal, pueden detener el desarrollo inexorable del proceso histórico. En los estratos del devenir social, que la "revolución en libertad" y el populismo reaccionario jamás detectarán, un proceso auténticamente revolucionario está en marcha. Crece y se desarrolla en el subsuelo, germina buscando las condiciones objetivas que lo harán irrumpir.

Lo que en este mes ha ocurrido, tan lleno de significación, señala al pueblo que el proceso de las transformaciones revolucionarias sólo puede ser canalizado por la vía que conduce a la edificación de la socie-

dad socialista. Otro camino, cualquiera que sean sus apariencias, únicamente marca el retorno a las formas caducas del pasado, es un camino esencialmente reaccionario.

Corresponde a los trabajadores, a los intelectuales y profesionales de Izquierda, a los partidos de clase y, en particular, al Partido Socialista, alentar la lucha de las masas, pasarlas de nuevo a la ofensiva y llevarlas a posiciones de avanzada en el frente político y social, que planteen las bases objetivas de cambios drásticos en la situación, las bases de un poder genuinamente popular, democrático y revolucionario.

M. Garay.